

LOS DIÁLOGOS DE CICERÓN.

DE LA VEJEZ.

ARGUMENTO.

En este diálogo enseña Catón el Censor á Escipión y á Lelio á llevar con resignación los achaques que trae consigo la vejez. Establece por principio que los fundamentos de una vejez suave y feliz se han de echar muy de antemano en la mocedad. Reduce á cuatro especies los trabajos que algunos suelen pasar en la vejez, y de que se lamentan, que son: que están excluidos los viejos del manejo de los negocios; que se les debilitan mucho las fuerzas; que no pueden gozar de los placeres de la vida, y que tienen cerca la muerte. Catón, haciéndose cargo de todo cuanto se dice para confirmar cada una de estas causas de las miserias de la vejez, responde á ellas, y prueba que ninguna es parte para hacer miserables á los viejos, sino que, al contrario, serán muy felices si han sabido arreglar bien la mocedad, de la cual provienen todos los trabajos y fatalidades que, por lo común, se experimentan en la vejez.

CAPÍTULO PRIMERO.

Expone Cicerón las razones que tuvo para componer este diálogo.

¿Qué premio me darás, Pomponio amigo,
Si te aliviare en algo ese cuidado
Que el corazón te aflige y atormenta?

Porque bien puedo yo hablarte con los mismos versos
con que hablaba antiguamente á Flaminio aquel

Pobre de bienes; de virtudes rico (1)

(1) Ennio.

Aunque estoy cierto que no eres tú como él:

Día y noche de penas afligido.

Porque conozco la moderación é igualdad de tu ánimo; y entiendo que has traído de Atenas no sólo el renombre de Atico, sino también la afabilidad y prudencia. Pero, no obstante, sospecho que sientes á veces las mismas cosas que me hacen á mí fuerte y molesta impresión, cuyo consuelo es de mayor empresa, y queda para otro tiempo. Ahora me ha parecido escribirte alguna cosa sobre la vejez. Porque deseo hacerte llevadera esta carga, común á mí también, de la vejez, que ya nos oprime, ó nos viene amenazando: aunque no tengo duda que tú la llevas y la llevarás con moderación y prudencia, como todas las cosas. Pero cuando yo pensaba en escribir este libro sobre la vejez, me ocurrías tú, como digno de este don, que fuese igualmente provechoso á entrambos. A mí, á la verdad, me ha sido de tanto gusto la composición de este libro, que no solamente me ha quitado todas las molestias de la vejez, sino que me la ha vuelto dulce y agradable.

Nunca, pues, será bastante alabada la filosofía que puede hacer pasar sin inquietudes toda la vida á cualquiera que se conformare con sus máximas. Pero ya otras veces he hablado de otras utilidades tuyas, y hablaré más en adelante. Ahora te dedico este libro de la vejez, cuyo discurso atribuyo, no á Titono, como hace Aristón de Chío (1), temiendo que tendría poca autoridad como cosa de fábula, sino á Marco Catón

(1) Filósofo estoico, que escribió un Diálogo de la vejez, en el cual introdujo á Titono, hijo de Laomedonte, rey de Troya, el cual, por beneficio de la Aurora, vivió muchísimos años, según cuentan las fábulas, hasta que, cansado de vivir, rogó á los Dioses que le transformaran en cigarra.

el viejo, para que sea más recomendable su razonamiento. En presencia de quien introduzco á Lelio y á Escipión, admirándose de cuán dulcemente lleva este varón su vejez, y á él respondiéndoles. El cual, si te parece que habla con más erudición de la que acostumbró en sus libros, atribúyelo al estudio de la lengua griega; pues sabemos que en sus últimos años se dedicó á ella con muchísima intensión. Pero ¿para qué me canso, cuando el mismo discurso de Catón te explicará toda mi opinión acerca de la vejez?

CAPÍTULO II.

Escipión y Lelio se admiran de la resignación con que lleva Catón su vejez; y le piden que les enseñe á soportarla para cuando lleguen á viejos.

ESCIPIÓN.—Muchísimas veces me admiro, Marco Catón, con mi amigo C. Lelio, así de tu excelente y perfecta sabiduría en otras cosas, como en especial de que jamás he conocido que te sea molesta la vejez; la cual á otros viejos es tan odiosa, que les parece tienen sobre sí una carga más pesada que el Etna.

CATÓN.—Cierto, Escipión y Lelio, que os admiráis de una cosa bien fácil á mi parecer. Porque los que no tienen auxilios dentro de sí mismos para vivir contentos y felices, á éstos todas las edades les son pesadas; pero los que buscan todos los bienes dentro de sí mismos, no les puede parecer mal ninguno de aquellos que trae consigo la necesidad de la naturaleza, pues uno de éstos es la vejez, la cual todos los hombres, y

en llegando á ella, la echan la culpa de sus trabajos: tanta es la inconstancia, y tal el desconcierto de la necedad de los hombres. Dicen que se les entró en casa más presto de lo que pensaban. En primer lugar, ¿quién los obligó á engañarse? Porque ¿por ventura se entra más pronto la vejez después de la mocedad, que ésta después de la adolescencia? Y además, ¿qué más tolerable les parecería á éstos la vejez si hubiesen llegado á los ochocientos años que á los ochenta? Porque la edad anterior, aunque hubiese sido larga, en habiéndose pasado, de ningún consuelo podría servir á un viejo de poco entendimiento.

Y así, si os admiráis de mi sabiduría (que ojalá fuera tal como vosotros juzgáis, y correspondiera á la fama con que otros me honran), en esto soy sabio, en que sigo en todo á la naturaleza, que es la mejor maestra de la vida, como á un Dios, y obedezco sus preceptos; la cual no es verosímil que habiendo distribuído con tan diligente orden las otras partes de la vida, se haya descuidado, como un mal poeta, en la última jornada. Pero preciso es que haya de haber algún fin, y algo de marchito y caduco, como en todos los frutos de la tierra y de los árboles, cuando están ya maduros y en su sazón; y esto lo ha de sufrir un sabio con paciencia. Porque ¿qué quiere decir pelear con los Dioses, como los gigantes, sino repugnar á la naturaleza?

LELIO.—Pues, Catón, nos darás un gran placer, saliendo yo por fiador de que también lo desea Escipión, porque esperamos, ó á lo menos queremos hacernos viejos, si nos enseñares tú mucho antes por qué medios podremos llevar la vejez con más facilidad.

CATÓN.—Lo haré, Lelio, particularmente si ha de ser, como dices, gustoso á ambos á dos.

ESCIPIÓN.—Queremos ciertamente que nos digas,

Catón, si no te es molesto, como que has concluido un viaje largo que nosotros hemos de comenzar, qué tal es el estado donde tú has llegado ya.

CAPÍTULO III.

Quejas de los viejos: no deben éstas imputarse á la edad sino á las costumbres.—Cuáles son los auxilios de la vejez.

CATON.—Lo haré como pueda, Lelio; porque muchas veces me hallé presente á las quejas de otros de mi edad (pues como dice el adagio antiguo, cada oveja con su pareja), con que se lamentaban C. Salinator y Esp. Albino, consulares casi de mi tiempo; ya porque carecían de los deleites, sin los cuales juzgaban que era la vida intolerable, ya porque vivían despreciados de aquellos mismos que antes los solían respetar. Los cuales no me parecía á mí que acusaban lo que debían acusar. Porque si esto aconteciera por culpa de la vejez, me sucedería á mí lo mismo y á todos los demás viejos; y he conocido yo á muchos que ninguna queja tenían de la vejez, que no llevaban á mal verse libres de los lazos de los deleites y que no los despreciaban sus amigos antiguos. Pero de todas estas quejas no está la culpa en la edad, sino en las costumbres. Porque los viejos moderados, tratables y no impertinentes, pasan suavemente la vejez; mas la impertinencia y mala condición á todos enfada, de cualquiera edad que sean.

LELIO.—Es verdad, Catón. Pero acaso dirá alguno que á tí te parece tolerable la vejez por tus riquezas y

abundancia y por tu dignidad, lo cual no pueden muchos lograr.

CATÓN.—Algo importa eso, Lelio; pero no consiste en eso toda la dificultad, como dicen que respondió Temístocles á un Serifio que le echaba en cara que se había hecho famoso no por su nobleza propia, sino por el lustre de su patria. «Es verdad, le dijo, que ni yo sería esclarecido si fuera Serifio, ni tú, aunque fueras Ateniense, lo serías jamás;» lo que se puede aplicar muy bien á la vejez. Porque ni puede ser tolerable la vejez en una suma pobreza á un sabio, ni puede dejar de ser pesada á un necio, aun en la mayor opulencia. Las artes y ejercicios de las virtudes, Escipión y Lelio, son las armas más propias de la vejez; las cuales, cultivadas por todo el tiempo de la vida, dan maravillosos frutos habiendo vivido largos años, no sólo porque jamás le desamparan á uno, ni aun en el último extremo de la vida (cosa que es de mucha satisfacción), sino porque da mucho gozo la seguridad de haber vivido bien y la memoria de muchas buenas obras.

CAPÍTULO IV.

Amor que tuvo Catón á Q. Fabio Máximo. Alabanzas de éste.

En mi juventud amaba yo á Quinto Máximo, ya viejo, aquel que recobró á Tarento, como si fuera de mi edad. Tenía aquel hombre una gravedad natural, templada con gran cortesanía, y no le había hecho mudar de costumbres la vejez; aunque cuando empecé yo á tratarle, no era todavía muy viejo, pero ya bien entrado en dias. Porque yo nací el año des-

pues que él fué cónsul la primera vez, y en su cuarto consulado me fuí con él de soldado á Capua, siendo todavía joven, y cinco años después á Tarento: cuatro años después me nombraron cuestor en el consulado de Tuditano y Cetego; á cuyo tiempo, siendo ya él muy viejo, persuadió la ley cincía (1) sobre los donativos y regalos. Éste hacía la guerra en aquella edad como si fuera de menos años, y amansaba con su paciencia á Aníbal, á quien hervía la sangre como mozo. Del cual dijo grandemente nuestro Ennio:

Con su lento sosiego este hombre solo,
Del pueblo despreciando los rumores,
Restituyó nuestro perdido estado,
Ganando fama é inmortal renombre.

¡Pero con qué vigilancia y prudencia recobró á Tarento? Cuando en mi presencia, jactándose Salinator que perdida la ciudad se había retirado á la ciudadela, y diciéndole: por mi valor, Quinto Máximo, has recobrado á Tarento; *tienes razón*, le respondió riéndose, *por que si tú no la hubieras perdido, nunca yo la hubiera recobrado*. Pero no fué menos esclarecido en la paz que en las armas. Porque en su segundo consulado, sin que le ayudase en nada su compañero Esp. Carvilio, se opuso con todo su esfuerzo á dos tribunos de la plebe llamados C. Carvilio y C. Flaminio, que reparían por cabezas el territorio de la Galia y de Pisa contra la autoridad del Senado. Y siendo agorero, dijo públicamente que se hacía con buenos auspicios todo cuanto se hacía en favor de la república, y que lo que se hacía en contrario, era también hecho contra los auspicios. Muchas cosas grandes é ilustres conocí en este varón; pero nada ví más admirable que

(1) Promulgada por Marco Cincio para que ninguno recibiese presente ó regalo por las causas que defendiese.

la resignación con que llevó la muerte de su hijo, hombre visible y consular. Anda en manos de todos la oración fúnebre, cuya lección hace mirar con desprecio á todos los filósofos. Ni fué solamente grande en el público y á los ojos de todos, sino también en particular y dentro de su casa. ¡Qué conversación! ¡qué doctrina! ¡cuánta noticia de la antigüedad! ¡qué conocimiento del derecho augural! En fin, hombre de mucha sabiduría para un Romano (1). Tenía en la memoria todas las guerras de dentro y fuera de Roma. De cuya conversación gozaba yo entonces con tanto gusto como si adivinara lo que me sucedió, que muerto él, no tendría de quién aprender después

CAPÍTULO V.

La virtud hace más llevadera la vejez.—Ejemplos de esta.

¿Pero á qué traigo tantas cosas de Máximo? Para que entendáis que sería desvarío decir que su vejez fué miserable. Verdad es que no todos pueden ser Escipiones ó Máximos, que se acuerden de las batallas de mar y tierra, de las conquistas de ciudades, de las guerras que han hecho, y de los triunfos que han ganado; pero una vida particular, sosegada, pura y bien ordenada logra también su vejez gustosa y apacible, como sabemos fué la de Platón, que murió escribiendo á los ochenta y un años de su edad; cual

(1) En este tiempo se dedicaban los Romanos más á las armas que á las letras, de suerte que habia muy pocos libros latinos y muy pocos hombres que conciesen la literatura de los Griegos.

la de Isócrates. que dicen escribió aquel libro que se titula *Panatenaico* (1) á los noventa y cuatro, y vivió cinco después: cuyo maestro Leontino Gorgias cumplió ciento y siete, y jamás cesó en sus continuos estudios y trabajos; el cual preguntado *por qué quería vivir tanto tiempo*, respondió: *yo no tengo hasta ahora por qué quejarme de la vejez*. ¡Esclarecida respuesta, y digna de un hombre docto!

Echan á la vejez los necios la culpa de sus vicios; pero no lo hacía así este Ennio á quien nombré poco ha:

Como el caballo fuerte y generoso,
Que mereció en Olimpia muchos premios,
Descansada vejez disfruta ahora.

Compara su vejez con la de un caballo fuerte y vencedor, del cual bien os podeis acordar. Porque á los diez y nueve años después de su muerte fueron hechos cónsules T. Flaminino y M. Acilio: y al tiempo que él murió lo eran Cepión y Filipo segunda vez: cuando yo de edad de sesenta y cinco años promoví la ley voconia (2) con mi voz y fuerzas enteras. Pues á los setenta años (que fueron los que vivió Ennio) toleraba dos trabajos que se tienen por los mayores, la vejez y la pobreza, de tal manera que parecía se deleitaba en ellos. Mas á mi modo de entender son cuatro los motivos por que la vejez parece á algunos

(1) De la palabra *παναθηναϊκῶν*, que quiere decir *quincuagésimas*. Eran las fiestas de Minerva, que cada cinco años se celebraban en Atenas, en las cuales se llevaba en una procesión con grande aparato el manto de la Diosa, y habia luchas, etc. Y siendo esta solemnidad el asunto de un libro de Isócrates, por eso se intituló *Panathenæicus*.

(2) Promulgó esta ley Q. Voconio Saxa, Trib. de la plebe, el año 581 de la fundacion de Roma, en que moderaba las herencias de las mugeres; prohibiendo en especial que no pudiesen heredar *abintestato* sino á sus parientes.

llena de trabajos: el primero, porque aparta del manejo de los negocios; el segundo, porque debilita y enferma el cuerpo; el tercero, porque priva de casi todos los deleites, y el cuarto, porque no está muy lejos de la muerte. Examinemos, si os parece, cuán justa es, y la fuerza que tiene cada una de estas cuatro causas.

CAPITULO VI.

Cuán injustos son los motivos por que la vejez parece miserable.

La vejez excluye del manejo de los negocios. ¿De cuáles? ¿de aquellos acaso que se manejan en la juventud y con fuerzas? Pues qué, ¿no hay algunos oficios correspondientes á los viejos, que aunque el cuerpo esté débil, puedan administrarse con el ánimo? ¿Estaba por ventura ocioso Q. Máximo? ¿Lo estaba tu padre L. Paulo, suegro de mi hijo tan amado y tan bueno? ¿Y todos aquellos viejos, los Fabricios, los Curios y Coruncanos no hacían cosa alguna cuando defendían la república con su consejo y autoridad? Apio Claudio, además de ser muy viejo, se le juntaba el ser tambien ciego; y con todo, inclinándose el parecer del Senado á hacer paces y alianza con Pirro, tuvo valor para decir lo que puso Ennio en estos versos:

¿Adónde corren ciegos, despeñados,
Vuestros juicios, que rectos ser solían?

Y otras cosas con mucha gravedad: que bien sabidos son los versos; y aun anda por ahí el discurso del mismo Apio. Y esto sucedió diez y siete años después

de su segundo consulado, habiéndose pasado entre los dos diez años, y habiendo sido censor antes del primero, que es prueba de que era ya muy viejo cuando la guerra de Pirro, y con todo así lo hemos entendido de nuestros antepasados.

Nada, pues, alegan los que niegan á la vejez el manejo de los negocios; y son semejantes á los que dijeran que el piloto nada hace en la nave cuando unos suben á los mástiles, otros andan maniobrando por los puentes del navío, otros vacían la bomba, y él teniendo el gobernalle está sentado en la popa. No hace lo que los otros mozos; pero en mayores cosas y de más importancia trabaja. Porque no se administran los asuntos graves con fuerza, prontitud y movimientos acelerados del cuerpo, sino con autoridad, prudencia y consejo: prendas que no solamente no se pierden en la vejez, sino que suelen aumentarse y perfeccionarse en ella. Si no es que os parece que yo, después de haber sido soldado, tribuno, lugarteniente y cónsul, y haberme ejercitado en guerras de varia naturaleza, estoy ocioso ahora porque no las hago. Pero doy consejo al Senado en lo que se debe hacer, y de qué modo, y declaro muy de antemano la guerra á Cartago, que hace tanto tiempo es enemiga del Imperio, de la que no dejaré de temer hasta que la vea reducida á cenizas.

¡Ojalá, Escipión, que te hayan reservado los Dioses á tí esta gloria para que pongas fin á las empresas de tu abuelo, que ya hace treinta y tres años que murió; pero durará la memoria de tan grande hombre por todos los siglos venideros. Porque él murió el año antes que fuese yo elegido censor, nueve años después de mi consulado, siendo nombrado cónsul segunda vez cuando yo lo era. ¿Y por ventura, si hubieralle gado á los cien años, le pesaría de su vejez?

Pues no se ejercitaría en carreras, ni saltos, ni en jugar de la lanza á lo lejos, ni de la espada de cerca, sino en consejos, discursos y sentencias: que si no se hallaran en los viejos, no hubieran nuestros antepasados llamado al supremo consejo, Senado. Entre los Lacedemonios son y se llaman viejos los que obtienen los mayores empleos. Y si queréis leer ú oír los ejemplares de afuera, hallaréis grandes repúblicas, que destituyeron los mozos, restablecidas y mantenidas en su esplendor por los viejos.

Decid, ¿cómo tan presto ~~gloria-tanta~~
Vuestra noble república ha perdido?

Al que pregunta de este modo en los juguetes de Nevio (1), se le responde entre otras cosas ésta:

¡ Porque la gobernaban neciamente
Oradores muy tiernos, y sin juicio.

Lo cierto es que la temeridad es más propia de los mozos, y la prudencia de los viejos.

CAPITULO VII.

No se disminuye la memoria en los viejos ni se embota el entendimiento, como se ejerciten.

Pero se disminuye la memoria: bien lo creo, si no la ejercitas, ó si eres rudo por naturaleza. Temístocles sabía de memoria los nombres de todos sus ciudada-

(1) Escribió en verso latino la historia de la segunda guerra Púnica, y habiendo sido echado de Roma por unas satiras que compuso, se retiró á Utica, y allí murió.

nos: ¿creéis acaso que siendo más entrado en días saludaría Arístides al que se llamase Lisímaco? Pues yo no sólo tengo presentes á los que viven ahora, sino á sus padres también y á sus abuelos: ni temo perder (como dicen) la memoria leyendo los epitafios; antes refresco cuando los leo la memoria de los difuntos: ni tampoco he oído que se haya olvidado algún viejo dónde ha escondido su tesoro: se acuerdan de todo lo que traen entre manos, de los vales hechos á su favor, y en contra. ¿Pues qué diré de los jurisconsultos, los pontífices, los agoreros y los filósofos viejos, de cuántas cosas no se acuerdan? Dura el ingenio en los viejos como dure el cuidado y la industria, no sólo en los hombres ilustres y que han tenido empleos públicos, sino también en los que han vivido quietos y retirados del manejo de los negocios. Sófoles componía tragedias, aunque era ya de mucha edad. El cual, pareciendo que entregado enteramente al estudio descuidaba de su hacienda, fué llamado á juicio por sus mismos hijos para que los viese le retirasen, como chocho, del manejo de ella, como se suele hacer, según nuestras costumbres, con los padres que no la administran bien. Entonces dicen que el viejo leyó á los jueces aquella fábula *Edipo Coloneo*, que tenía entre manos y acababa de escribir (1), y los preguntó si aquella era obra de un viejo como chocho; y habiéndola leído, se le dió por libre por parecer de todos.

¿Pero por ventura a este le obligó la vejez á enmudecer en sus estudios? ¿Ni á Hesiodo, ni á Simónides, ni á Estesícoro, ni á Isócrates y Gorgias, á quienes

(1) Hizo Sófoles dos tragedias con el título de *Edipo*. Pero ésta que aquí se habla se distingue de la otra por el epíteto *Coloneo*, que quiere decir que habitaba en una colina.

nombré antes, á Homero, ni á los príncipes de los filósofos Pitágoras, Platón y Demócrito, á Xenócrates, ó después de éstos á Cenón, Cleantes, ó á aquel Diógenes estoico á quien visteis en Roma vosotros? ¿No fué igual en todos éstos la carrera de los estudios á la vida? Y dejando aparte estos estudios más nobles, pudiera nombraros á mis amigos los labradores del país de los Sabinos, que en faltando ellos del campo nada se hace de importancia, ni en sembrar, ni coger, ni guardar los frutos: aunque en éstos es menos maravilla; porque ninguno hay tan viejo que no piense vivir un año. Pero también trabajan en cosas que tienen certeza que ellos no han de disfrutar.

Plantan los viejos árboles, que el fruto
Darán para otro siglo venidero,

dice Estacio en su comedia *Sinefebis* Pero tampoco duda el labrador, aunque viejo, cuando le pregunten para quién siembra, responder *para los Dioses inmortales, que no solamente quisieron que yo heredase esto de mis antepasados, sino que aprovechase también á mis descendientes.*

CAPÍTULO VIII.

No son enfadosos los viejos sabios.—La vejez es trabajadora.

Mejor habló aquí Cecilio (1) de un viejo prudente de lo venidero, que cuando dijo:

Si otro daño, vejez, cuando te acercas
No traieras contigo, éste bastaba;
Que larga vida ve lo que no quiere.

Y acaso también muchas cosas que quiere: y de las que no quiere, suele tener la culpa la juventud. Mas peor dijo lo siguiente:

Nada hay en la vejez más miserable,
Que el saber que uno es enfadoso á todos.

Antes agradable que enfadoso. Porque á la manera que los viejos sabios se deleitan con los jóvenes de buena índole, y se hace más llevadera la vejez á aquellos que son tratados y respetados de los mozos; así también gustan éstos de los preceptos de los viejos, que los encaminan á la virtud. Yo no creo que os soy menos agradable que vosotros á mí. Mas ya veis cómo no es ociosa la vejez, ni floja, ni perezosa, sino antes bien trabajadora, activa y aplicada; y que siempre está haciendo y tratando de hacer alguna cosa correspondiente á las inclinaciones anteriores de cada uno.

(1) Este es el mismo que el Estacio, de quien acaba de hablar, y aquí no se ha de confundir con el autor de la *Tebaida*.

Demás de que también aprenden algo continuamente: como vimos que se jactaba Solón en sus versos, de que se hacía viejo aprendiendo todos los días alguna cosa; como yo hice, que he aprendido, siendo ya viejo, la lengua griega, la cual tomé con tanta ansia, como si deseara satisfacer una sed de mucho tiempo, para poder entender estas mismas cosas de que ahora me veis usar como de ejemplos. Lo cual habiendo oído que había hecho Sócrates en la música (porque también aprendían música los antiguos), me entró á mí deseo de imitarle; y así he trabajado mucho en este estudio.

CAPÍTULO IX.

No les faltan fuerzas á los viejos para vivir bien.

Yo ahora no echo menos las fuerzas que tenia en mi juventud (que éste era el segundo de los vicios que se atribuyen á la vejez), mas que apetecía entonces las de un toro ó de un elefante. Cada uno se ha de acomodar con lo que le ha concedido la naturaleza, y todo lo que haga que sea á proporción de sus fuerzas. Porque ¿dónde podrá oirse proposición más despreciable que la de Milón, natural de Crotona? (1) el cual siendo ya viejo, y viendo á los atletas ejercitarse en la carrera y en la lucha, dicen que se miró á los brazos, y que llorando dijo: *¡oh éstos ya están muertos!* No tanto

(1) Lo que se dice de la fuerza de este atleta es casi increíble. Él contó demasiado con sus fuerzas; porque habiendo probado á partir en dos pedazos un árbol que habían ya comenzado á hender con hachas y cuñas, se le quedaron las manos dentro de la raja del árbol, y fué despedazado por las fieras.

ellos como tú, mentecato; que nunca has adquirido por tí mismo nobleza, sino por tus robustos lomos y tus brazos. No se quejaron así Sexto Elio, ni Tito Coruncanos mucho tiempo antes, ni ahora P. Craso, hombres que dictaban leyes á los ciudadanos, cuya sabiduría y prudencia llegó hasta el último aliento de su vida. Del orador es de quien se puede temer que le falten en la vejez las fuerzas; porque su oficio es no sólo de ingenio, sino también de robustez y de fuerzas. Lo que es una voz clara y sonora resplandece no sé cómo maravillosamente en la vejez; como no la he perdido yo todavía, y ya veis mis años. Pero es muy decorosa el habla de los viejos apacible y baja; la limpieza y sosiego con que se explica un viejo elocuente, por su misma autoridad se concilia la atención. Lo cual aunque yo no pueda hacer por mí, puedo no obstante dar preceptos á Escipión y Lelio. Porque ¿qué mayor gloria para la vejez que verse rodeada de la juventud estudiosa?

¿No dejaremos á lo menos fuerzas á la vejez para poder enseñar é instruir á los jóvenes, é imponerlos en todas sus obligaciones? ¿Pues qué cosa más ilustre, ni qué obra de más honor y excelencia? A mí ciertamente me parecían dichosos los dos Escipiones Publio y Cneo, y tus dos abuelos L. Emilio y Publ. Africano, porque siempre andaban rodeados de la juventud noble. Y por tales hemos de tener á todos los maestros de las bellas letras, aunque se les hayan cansado y disminuído las fuerzas: falta que más suele acontecer por los vicios de la mocedad; la cual habiendo sido libre y desarreglada, entrega el cuerpo muy quebrantado á la vejez. Ciro, según escribe Xenofonte en aquel discurso que hizo al morir siendo ya de mucha edad, protesta que jamás había sentido más flaqueza en la vejez que en la mocedad. Y yo me acuerdo de

cuando era muchacho, que L. Metelo (el cual fué creado pontífice máximo cuatro años después del segundo consulado; y obtuvo este sacerdocio veintidos años) se hallaba con tan buenas fuerzas al último tiempo de su vida, que para nada echaba de menos la mocedad. No tengo necesidad de hablar de mí mismo; aunque esto es también propiedad de viejos, y está concedido á nuestra edad.

CAPÍTULO X.

Ninguno debe hacer jactancia de sus fuerzas: cada edad de la vida tiene su sazón.

¿No veis cómo en Homero se alaba Néstor muy á menudo de sus virtudes? Había ya vivido tres edades de hombres, y no tenía que temer que le tuviesen por locuaz ó arrogante, gloriándose de la verdad. Porque, como dice Homero, salían de su boca palabras más dulces que la miel; para la cual suavidad no necesitaba de las fuerzas corporales: y con todo, aquel General de la Grecia nunca deseaba tener en su ejército diez Ayaxes, sino diez Nestores; no dudando que si los tuviera, conquistara á Troya en poquísimo tiempo. Pero vuelvo á hablar de mí mismo: ochenta y cuatro años tengo; y quisiera poderme alabar lo mismo que Ciro; pero no obstante, bien puedo decir, no que tengo las mismas fuerzas que cuando era soldado en la primera guerra Púnica, ó cuéstor, siguiéndose todavía, ó cuando fuí cónsul á España, ó cuatro años después, cuando peleaba en Termópilas de tribuno de los soldados, siendo cónsul M. Acilio Gla

brión; pero como veis no me ha acabado absolutamente la vejez; no echa menos mis fuerzas la curia, ni el tribunal, ni los amigos, ni los dependientes y huéspedes. Porque jamás he dado crédito á aquel proverbio antiguo tan decantado, que dice, que se hace viejo muy presto el que lo quiere ser por mucho tiempo. Yo más quisiera durar poco en la edad de viejo, que hacerme viejo antes de serlo. Y así ninguno hasta ahora ha querido hablarme, que me haya hallado ocupado.

Verdad es que tengo menos rubustez que cualquiera de vosotros dos. Mas tampoco vosotros tenéis las fuerzas de Tito Poncio y Centurión; ¿y será por esto él mejor que vosotros? Como haya unas fuerzas moderadas, y cada uno se esfuerce todo cuanto pueda, no tendrá á buen seguro mucho deseo de ellas. Milón dicen que andaba en el estadio de Olimpia con un buey vivo áuestas: ¿y habrá quien estime más las fuerzas de éste, que las del ingenio de Pitágoras? Ultimamente de este bien se ha de usar cuando le haya; pero cuando no, no apetecerle: sino es que los jóvenes hayan de echar menos la puericia, y los que son ya más entrados en días la juventud. Tiene su curso cierto y determinado la edad, y es uno y simple el camino de la naturaleza: á cada parte de la vida se le ha destinado su tiempo; al modo que de los niños es propia la delicadeza, la valentía de los jóvenes, la gravedad de la edad viril, así en la vejez tiene cierto punto de naturalidad la madurez, que se percibe á su tiempo. Bien creo que habrás oido, Escipión, lo que hace tu huésped Masinisa, que es hombre ya de noventa años: cuando ha comenzado su camino á pie, dicen que jamás monta á caballo; y cuando á caballo comenzó, nunca se apea de él: jamás por rigoroso que sea el frío ni el agua se reduce á llevar cubierta

la cabeza; y así conserva en su cuerpo una constitución seca, y cumple con todos los cargos y oficios de un rey. Luego bien puede el ejercicio y la vida moderada conservar aún en la vejez algo del vigor y robustez antigua.

CAPÍTULO XI.

no faltan fuerzas á los viejos; ó á lo menos no las necesitan.

No hay fuerzas en la vejez: ni tampoco ella las pide, ni las desea para nada. De forma que por las leyes é institutos está exenta nuestra edad de aquellos empleos que no se pueden ejercer sin fuerzas; y así no solamente no estamos obligados á lo que no podemos, sino aun á lo que podemos. Pero hay muchos viejos tan débiles y enfermos, que no pueden ejercer ni cumplir con ningún empleo ni oficio de la vida. Esta falta no es propia de la vejez, sino común á la complexión humana. ¡Qué enfermizo era el hijo de P. Africano, aquel que te adoptó! ¡De qué poca salud gozaba, ó por mejor decir de ninguna! que si no fuera por esto, hubiera sido la segunda lumbrera de la ciudad: porque á la grandeza de espíritu heredada de su padre, había añadido él mayor doctrina. ¡Pues qué maravilla es que los viejos sean alguna vez débiles y enfermos, cuando ni los mozos se pueden escapar de ello? Se ha de resistir, pues, Escipión y Lelio, á la vejez, recompensar con industria sus faltas, y pelear contra ella como contra una enfermedad, cuidar de la salud, usar de moderados ejercicios, comer y be-

ber de manera que se rehagan las fuerzas, y no se opriman.

Mas no solamente se han de prevenir socorros para el cuerpo, sino también, y mucho más, para el entendimiento y el espíritu; porque hasta estas cosas se acaban con la vejez, como se apaga una lámpara si no se la echa aceite. Mas los cuerpos se deterioran con el cansancio y el trabajo; pero los ánimos al revés, cultivándolos adquieren nuevo vigor. Porque los que llama Cecilio *viejos necios de comedia*, quiere decir que son los crédulos, olvidadizos y desarreglados: vicios que son propios no de la vejez, sino de la vejez floja, perezosa y soñolienta. Así como la desvergüenza y liviandad es más propia de los mozos que de los viejos, mas no de todos los mozos, sino de los que no son buenos; así esta necedad de los viejos, como cuando se dicen que chochean, es propia de los viejos fatuos, no de todos. Cuatro hijos robustos y cinco hijas gobernaba Apio, viejo y ciego como estaba, una casa tan grande y de tantos dependientes; porque mantenía su ánimo siempre levantado, como cuerda de arco tirante, y no se dejaba postrar de la vejez; mandaba en los suyos con imperio y autoridad; le temían los siervos, le veneraban los hijos, y le amaban todos; resplandecía en aquella casa la costumbre y disciplina de los antiguos Romanos.

Así que es respetable la vejez si se defiende á sí misma, si mantiene su autoridad, si se gobierna con una total independendencia, y si mantiene predominio en los suyos hasta el último aliento de la vida. Pues así como alabo á un joven que tiene algo de viejo, así también me agrada el viejo en quien hay algunas cosas de mozo; y el que sea de esta naturaleza podrá ser viejo en el cuerpo, pero en el ánimo no lo será jamás. Yo actualmente tengo entre manos el li-

bro séptimo de los *Orígenes* (1); registro todos los monumentos de la antigüedad; doy la última mano á las oraciones de las causas más célebres que he defendido; manejo el derecho de los agoreros, de los pontífices y civil; empleo también mucho tiempo en la lengua griega; y siguiendo la costumbre de los pitagóricos, por ejercitar la memoria refresco por la noche todo lo que he leído, y todo cuanto he oído y tratado por el día. Estos son los ejercicios del entendimiento y las carreras de mi ánimo, en las cuales sudando y trabajando continuamente, no echo mucho de menos la fuerza de la juventud: asisto á mis amigos, voy al Senado con mucha frecuencia, y de mí mismo llevo asuntos pensados, y por largo tiempo digeridos con mucha madurez, y los sostengo con las fuerzas del entendimiento, no con las del cuerpo. Lo cual cuando no pudiera hacerlo, con todo me serviría de recreo la cama, pensando en aquellas mismas cosas que no pudiera hacer; pero mi vida pasada hace que pueda. Porque el que vive en estudios y trabajos, no siente cuando le llega la vejez. Así poco á poco y sin sentir se va la edad envejeciendo; y no se quiebra de repente, sino que á fuerza de mucho vivir se acaba.

(1) Compuso Catón una historia, que no ha llegado á nuestros tiempos, en siete libros; de los cuales el segundo y tercero trataban del origen de todas las ciudades de Italia, de donde parece que se intituló la obra *los Orígenes*. Véase á Cornelio Nepote en la vida de M. Porcio Catón.

CAPÍTULO XII.

**Es feliz la vejez por haber sacudido el yugo de los deleites.
Discurso de Arquitas contra éstos.**

Síguese el tercer achaque de la vejez, que dicen que no participa de los deleites. ¡Oh gran prerrogativa de la edad, que á nosotros nos quita lo que más vicioso es en la mocedad! Porque oid, jóvenes esclarecidos, un antiguo discurso de Arquitas Tarentino, grande hombre é ilustre entre los primeros, que me le refirieron en mi mocedad estando con Quinto Máximo en Tarento. Decía que no había dado la naturaleza á los hombres más fatal enfermedad que los deleites del cuerpo; cuyos desordenados deseos excitan á su fruición las pasiones temeraria y desenfrenadamente. De aquí decía que provenían las traiciones á la patria, las destrucciones de las repúblicas, las inteligencias secretas con los enemigos: que no había maldad ni atrevimiento grande que no incite el deseo de los deleites á emprenderle: que á los estupros, adulterios y á todas las infamias no convidan otros atractivos que los de los deleites: que no habiendo depositado en el hombre la naturaleza, ó algún Dios, cosa más grande y excelente que el entendimiento, no hay mayor enemigo de este divino don que el deleite.

Porque ni puede tener lugar la templanza donde la liviandad domina, ni la virtud puede asentar su domicilio en el reino del placer. Y para que más bien pudiéramos llegar á entender esto, decía que nos imagináramos un hombre tan incitado de los deseos de

deleites cuanto más se pudiera pensar: creía él que nadie podría dudar que mientras se mantuviese en aquel estado, nada sería capaz de discurrir ni alcanzar con su razón ni pensamiento: por lo cual concluía, que no había cosa más pestífera ni aborrecible que los deleites; porque cuanto mayores sean, y más duraderos, tanto más apocan y disminuyen la luz de la razón. En estos términos decía haber oído á sus mayores Nearco Tarentino, huésped de nuestra familia, y amigo del pueblo romano, que razonó Arquitas Tarentino con C. Poncio Samnita, padre de aquel que venció en la batalla de Claudio á los cónsules Esp. Postumio y T. Veturio, habiéndose hallado en la misma conversación Platón Ateniese, que sabemos vino á Tarento siendo cónsules Lucio Camilo y Apio Claudio.

Mas ¿á qué fin traigo esto? Para que entendáis que si no pudiéramos resistir á la fuerza de estos deseos con la razón y la prudencia, debíamos dar muchas gracias á la vejez, la cual sería causa de que no nos agradase lo que no conviene hacer. Porque sirve de impedimento al buen juicio el deleite, es enemigo de la razón, ofusca, por decirlo así, los ojos del entendimiento, y no tiene relación ni comercio alguno con la virtud. Contra mi voluntad hice en echar del Senado á Lucio Flaminino, hermano de aquel héroe Tito Flaminino, siete años después de haber sido cónsul; pero me pareció que debía hacerse un escarmiento de su liviandad. Porque estando cónsul en Francia condescendió con los ruegos de una ramera, que en un convite le pidió mandase cortar la cabeza á uno de los presos condenados á muerte. Se escapó el tal, siendo censor su hermano, que lo fué el año antes que yo; pero á Flaco y á mí no pudo menos de parecernos mal tan depravada liviandad, que con el vituperio de la persona juntaba la deshonra de la dignidad.